

NEGRONI, María, *La idea natural*. Barcelona, Acantilado, 2024. ISBN: 978-84-19036-87-2, 201 pp.

José Joaquín Parra Bañón¹

DOI: <https://doi.org/10.5944/etfvii.13.2025.45728>

De *La idea natural* se infiere el postulado de la existencia no de un arte de la naturaleza sino de un arte que podría ser considerado natural. Se formula veladamente el oxímoron de un arte natural. Aunque este censo o vademécum ideológico se despreocupa de la teoría acerca de naturaleza del arte, sí se pregunta, sin citarlo, si Tiziano tenía razón cuando afirmaba en su lema: *Natura potentior ars*. Si el arte puede más que la naturaleza y si, como G. L. L. Buffon aseguraba en París: «El discurso de la naturaleza no es más que la naturaleza transformada en discurso». La idea natural es, al igual que otros álbumes y otros breviarios compuestos por María Negroni (Rosario, 1951), que su *Pequeño mundo ilustrado* y que *El arte del error*, un gabinete de discretas curiosidades en el que, engarzado a cada texto, en su cabecera, se muestra el destello grisáceo de la miniatura de una imagen (tal vez no siempre elegida por ella). Cada capítulo (salvo «Un friso espectacular») ha sido titulado con un nombre propio que, cual diccionario de autoridades en la materia, ordena en el espacio continuo de las páginas lo que el tiempo dispuso en el tránsito de la historia. Un nombre, así Paracelso como Claude Monet, tanto la hermenéutica como la pintura, o la política herbaria de Rosa de Luxemburgo y la música de Annie Lenox ejerciendo de lepidóptera, que precede a una fecha cifrada entre paréntesis y a una frase lapidaria que sintetiza el tema que la analista después desarrolla poéticamente mediante un comentario (a una obra, a un suceso, a una vida) o una cita: «Las amistades vegetales» es la estructura sintáctica que le sirve de peana a J. J. Rosseau; «Idiosincrasias de los pensionistas del Jardín Zoológico» sostiene a Clemente Onelli mientras, fotografiado en blanco y negro, le da de beber leche a un rinoceronte, y «El obsoleto oficio de la resurrección» es la que acompaña a Carl Akeley, el inventor estadounidense de la taxidermia escultórica.

«Wunderkammern» y «kunstkamera» son denominaciones foráneas que servirían para adjetivar esta colección de singularidades en la que las anomalías no proceden de la apariencia de las formas (no hay más aberraciones que las enfrascadas en vidrio por Frederik Ruysch, y que las admiradas por Pedro el Grande en la sección de teratología de su gabinete de Historia Natural en San Petersburgo, situado frente al Hermitage) sino de la peculiaridad de las ideas elegidas por la escritora cuando recolecta en la selva ubérrima de su pasado y su presente, en la Silva de varia lección en la que se adentrara Pedro de Mexia en 1673, sus obras ejemplares. Miscelánea y biblioteca, enciclopedia e inventario, son términos que también le son afines a esta guía de recomendaciones para comprender la vigencia de la naturaleza transformada

1. Universidad de Sevilla C. e.: jjpb@us.es; ORCID: <<https://orcid.org/0000-0002-2147-0306>>

en expresión cultural. El concepto que fundamenta la invención de las «galerías de retratos», y la metáfora que enfría el «museo de la escarcha» imaginado por Federico García Lorca en su «Pequeño vals vienés», son piedras angulares de La idea natural.

La idea natural es, informa la autora en su nota introductoria, un libro arbitrario concebido en Nueva York, durante un paseo por Central Park: un compendio inspirado en las cajas en las que Joseph Cornell, con deshechos expurgados en los basureros de las calles de Manhattan, armaba museos personales y herméticos. Es, aunque en principio no lo parezca, un libro de arte (el germen de un potencial «libro de artista»). Un libro híbrido desplazado al margen de la convención de las disciplinas y de las asignaturas ordinarias. Un mosaico descifrable en el que el arte y la ciencia no se repelen, en el que la escritura asume todas sus competencias gráficas.

En *La idea natural* se dan cita cincuenta autoridades interesadas por la flora y por la fauna, unas por las plantas y otras por los animales, aunque en su gran mayoría, lo están por ambos reinos al mismo tiempo. No es posible dibujar una línea divisoria que separe a los sírfidos de los estambres en los que abreven y se abastecen de polen. La primera persona de la nómina cronológica es Tito Lucrecio Caro en cuanto a autor del tratado acerca de los primordios que trascendió con el título *De rerum natura*; la última, Mike Wilson, nacido en 1974 de madre argentina, el autor de Wittgenstein y el sentido tácito de las cosas que demuestra que es posible leer un bosque. Entre ellos, Maria Sybilla Merian dibujando orugas y mariposas en la segunda mitad del siglo XVII; Emily Dickinson coleccionando, entre poema y poema, las plantas disecadas que antes veía frescas y vivas por su ventana, y Vita Sackville-Wets soñando con Virginia Woolf mientras su amante suicida terminaba la redacción de *Orlando* (aún no había concluido 1928). Comparecen Plinio, Linneo, Buffon, Humboldt, Darwin y Thoreau y, ajenos a los especulativos libros de zoología y de botánica, Vladimir Nabokov, Louise Bourgeois y John Cage. A Clarice Lispector en Brasil la sigue, desde el Instituto Pansoviético de Cinematografía en Moscú, Artavazd Pelechian con *Los habitantes*, el corto cinematográfico de ocho minutos y cuarenta y siete segundos en el que bailan los ciervos enhebrando sus cuernas en el resplandor de la luz. Derek Jarman y James Benning son otros dos cineastas que conviven amigables con W. G. Sebald y con Fernando Pessoa cuando afirma, en la cita con la que comienza el catálogo, que: «La naturaleza es la diferencia entre el alma y dios».

La idea natural es un compendio en el que se le recuerda al lector desprevenido que Wittgenstein, en una carta que firmó el 30 de mayo de 1914 en la que informaba de su deseo de quitarse la vida, escribió: «Morir requiere inteligencia». Dos párrafos antes el arquitecto precario había escrito: «Los hombres no son sino insectos que parlotean sobre asuntos nimios». La idea natural es un sumario en el que se descubre que fue Etienne Geoffog Saint-Hilarie el primero en suponer la existencia de un animal abstracto: de un alma animal que formaría parte sustantiva de todos los animales nacidos de hembra; en el que se dice que Leopoldo Lugones afirmó de Florentino Amegino que: «leía lo que el mar dejó escrito en las arenas hace millones de años y lo que puso el fuego primordial en los cimientos del mundo», y en el que se le atribuye a John Cage, entresacado de El libro de las setas, el haber postulado que Pierre Boulez mezclaba la música con «los paréntesis y las bastardillas». La idea natural es, tal vez, una obra parentética y bíblica que merece su adquisición y

justifica su lectura ya solo por el feliz acontecimiento de haber llamado a las abejas, entre sus comentarios a Maurice Maeterlinck, «esposas del espacio». No es ese su único ni mayor hallazgo: su relectura debe estar acompañada de un cuaderno de campo recién estrenado que sirva para anotar las ideas y registrar las figuras que emanan, que brotan y que son natural y espontáneamente alumbradas por ella.

